

cos, barbadísimos, puestos dentro de armaduras, tomadas por ellos como parte natural de su cuerpo, y con todos los aires de haber dejado una superior esfera celeste para confundirse con los míseros mortales en este bajo suelo.

CAPÍTULO V

LA ESPAÑOLA

Por fin llegó al cabo más oriental de Cuba, y allí supo cómo se hallaba cerca otra isla, denominada entre los naturales Haití, que significa tierra muy alta. Colón, que continuaba poniendo á su guisa cuantos apodos le pedía el gusto á las tierras encontradas, así como había llamado Salvador á la primera isla, y á la segunda María, y á la tercera Fernandina, y á la cuarta Isabela, llamó á esta isla de Cuba Juana, en recuerdo al Príncipe D. Juan, segado en flor, cuando parecía venido á realizar obras mayores aún que las realizadas por sus padres con el triunfo sobre los moros y la unidad puesta sobre Castilla y Aragón. En cuanto columbró Haití, comenzó á pensar los nombres que debía darle, pues no entendía bien á derechas la palabra con que los indios la conocían y apellidaban. Descubrióla el 5 de Diciembre de 1492, después de haber andado, desde la ex-

tremidad oriental de Cuba hasta allí, unas diez y seis leguas. Pues desde que avistó aquella región hirióle mucho su parecido con la región española. En el mar se pescaban lisas y salmonetes; en los montes se cogían gamones y madroños; por las faldas de sus colinas tendíanse muy espesos encinares y por las honduras de sus cañadas muy bien dispuestos y cultivados huertos; el arrayan festonaba, como aquí, los ríos con sus verdinegras hojas y el pino coronaba las alturas con sus copas veridclaras y esféricas; veíanse las chozas muy semejantes á nuestras barracas; por todo lo cual, tras la cuenta y suma de aquellas analogías, Colón le puso el nombre de la Española, según las aproximaciones hechas en sus recuerdos á la vista de aquellos descubrimientos y á la evocación subsiguiente natural de nuestra madre tierra. Los indios parecían más blancos que las tribus dejadas en el camino y algo más cultos. Huían, como huyeran los anteriores, pero tornaban más pronto y mejor al reclamo español. Dos jefes de aquella gente se presentaron, y bien pronto los españoles supieron como se les llamaba en todo aquel archipiélago caciques. De los dos, el primero y más joven, se mostró tímido y reservado; pero el segundo, por lo contrario, de una grande confianza y de un espíritu muy abierto á todas las emociones, llegó en procesión y sobre unas andas, acompañado con mucha pompa de gentes. Entró en la nave sin recelo y se asentó á la mesa del Almirante con exquisita cortesía. Cuando le ofrecían manjares, gustábalos por etiqueta y los repartía entre sus acompañantes, que los tragaban arreo con voracidad. Más oro había en

esta isla que en las otras, pues lo encontraron bajo forma de joyas sobre las narices de algunas mujeres y hasta en laminillas, si bien todo ello diminuto y escaso. Así no debe maravillarnos que pasara todo Diciembre sin fatiga entre la Española y la Tortuga Colón inquiriendo noticias y bautizando territorios. Al primer puerto, en que ancló, tan bello como los antes celebrados de Cuba, llamóle San Nicolás por haber arribado el día de tal Santo; al segundo Concepción por haber arribado en su fiesta; y al tercero Santo Tomás. Repetíase aquí lo sucedido en todas las tierras encontradas. El indio huía en cuanto llegaba el español. Pero así que al cuitadísimo le dirigían algún reclamo por mediación de la gente del color suyo, tornábase á los exploradores é iba seguidamente á verlos y tocarlos, aunque muy prevenido en su contra y muy receloso de sus mañas, estado de ánimo, que se ahuyentaba pronto al agasajo más leve y á la dádiva más baladí, sustituyéndolo con una confianza candorosa, la cual granjeaba con sus manifestaciones de amistad y agrado á los recién llegados un hechizo y una satisfacción increíbles. Aquí, en la Española, es donde aparece un cacique de mayor cuenta que los encontrados en otras ocasiones y en otras partes, Guacanagari, quien se distinguía de sus predecesores por una superior atención al estado nuevo que anunciaba la increíble visita de los huéspedes y por una reverencia consciente á éstos, basada en cierta intuición milagrosa del cambio que debían operar allí con su inesperada presencia. Existían cinco semejantes caudillos en la isla; y Guacanagari señoreaba la parte norte, por donde discu-

rrían las carabelas de Colón en aquel momento. Á las primeras de cambio reveló su riqueza y su poder, superiores á los vistos en cuantos jefes hallaran por los anteriores encuentros. Enviaban los indios cinturones en prueba y testimonio de amistad á sus huéspedes; y Guacanagari regaló uno muy notable por su magnificencia. Compuesto con tres telas de algodón, tan espesas de urdimbre y tejidos, que un arcabuz no hubiera podido atravesarlas, llevaba ornamentos de corales y conchas y perlas, pendiente al costado, en vez de alquicel á la usanza española, deforme, pero muy valiosa carátula, con los huecos de su vista y con la lengua de su boca en oro macizo. Una embajada le llevó el regalo, y un día empleó Colón en traducir á ideas fijas las señas confusas hechas y dirigidas á su persona por los embajadores salvajes para ponerle al cabo de todo cuanto querían. En efecto, Guacanagari estaba impacientísimo por ver á los españoles, y expedía en torno suyo gentes y más gentes gozosas, con expreso encargo de aclamarlos á una y hacerles toda clase de dones. El entusiasmo demostrado no tuvo límites, ni tasa la esplendidez. Ardió el territorio en fiestas y se llenó el mar de canoas. Las gentes embarcadas en éstas, no bien se aproximaban á las carabelas, cuando en tropel se erguían, presentando con sus propias manos toda clase de ofrendas al descubridor, en actitud y recogimiento parecidos al usado por los fieles y los sacerdotes más fervorosos de un culto ante sus ídolos.

En vista de tal entusiasmo, expidió una embajada formal Colón á Guacanagari el indio; y, en vista de los in-

formes por los embajadores traídos, resolvió levar anclas, é irse, aunque con viento terral, á los dominios de su aliado, distantes cosa de unas cinco leguas. Era el día 24 de Diciembre de 1492, y salió por la hora del alba. Navegaron todo el día, pero anduvieron poco. Llegó la noche, la Nochebuena, y quiso Colón celebrarla con lo más cumplido á la salud suya y con lo mejor para los marinos, con un buen sueño. Acostóse, pues, rendido por las vigili-
 as y desvelos de tres noches subsiguientes á tres días de trabajos hercúleos. Sueño dulcísimo debió sobrevenirle. Aquella invención del Nuevo Mundo, negada por todos; aquella tranquilidad profundísima de mares vírgenes desflorados por las quillas de carabelas españolas; aquella interminable aparición de islas muy semejantes á edenes; aquellos hombres inocentísimos, enlazados á la naturaleza por tan misteriosas relaciones y prontos á entrar en la civilización y en el cristianismo debían sugerirle de seguro ensueños benéficos y faustos, propios de la primer Nochebuena tranquila que pasara tras unos seis lustros de titánicas guerras, mantenidas con todo el mundo en general, y á veces hasta consigo mismo. Era la hora de media noche, la más propia para oír espiritualmente y dormido el eco de las fiestas infantiles en las lontananzas sonrosadas del tiempo pasado. Todo en el cielo sonreía y todo en el mar era bonanza. Los marineros dormían á pierna suelta, concedores del espacio aquel y de sus bajíos por haberles precedido la flotilla de barquichuelos y canoas enviadas por Colón al monarca indio. Un grumetillo velaba sobre aquel timón: tanta seguridad tenían todos en el bo-

nancible tiempo y en la próspera navegación, cuando encalla de pronto en unos bajíos la nao capitana. Su temperamento nervioso avisó á Colón del peligro, y este aviso le transportó, como con alas, á cubierta. Rápido cual el rayo, dió las órdenes convenientes para cortar el mástil y echar el cargamento. ¡Inútil remedio! Aquel accidente no fué avería; fué naufragio. Desertora la *Pinta*, encallada la *Santa María*, de las tres carabelas que desde Palos al Nuevo Mundo zarparon, únicamente restaba la más pequeña y frágil. Á ella se trasladó, y desde ella expidió á Guacanagari nueva embajada, contándole su adverso caso, mientras barloventeaba él hasta que fuese de día. No bien supo el monarca indio la desgracia, procuró con todos sus medios aliviarla, sin ahorrar ningún recurso ni perdonar ningún sacrificio. Desastradísimo caso tener que presentarse delante de tribus muy supersticiosas y muy creídas de que la próspera fortuna siempre va en compañía de lo superior y de lo sobrenatural con las menguas consiguientes á un verdadero naufragio, demostrativas de cómo el mal se dilata por todo lo criado y cómo de su poder y de su imperio seremos todos siempre tributarios igualmente. Mas el afecto de amistosa hospitalidad sobrepujó á todo en aquella confiada tribu y en aquel su efusivo monarca. El socorro necesario en la hora nefasta y todo el aviamiento precavedor de lo futuro llegaron como providenciales beneficios á los atribulados con un orden y un método admirables. Pusiéronse los despojos de aquel golpe cruelísimo en montón, y los guardaron más que si fueran cosa propia la gente aquella, cumpliendo así las órdenes

de su caudillo. Descargaron todo el cargamento con prontitud increíble, y lo pusieron á buen recaudo, sin que marrase ningún asomo de auxilio, ni se perdiese la punta de un alfiler. El día 26 de Diciembre visitó Guacanagari á Colón, y, encontrándolo muy compungido, reiteróle toda su amistad y brindóle con todo su concurso para en adelante. Agradeciólo mucho el descubridor, y se propuso aprovechar tales afectos en pro y en servicio de su descubrimiento. Y como no hay mal que no venga por bien, la detención ésta prosperó mucho los planes del descubridor, dándole seguros indicios de futuras exploraciones y prácticos medios de aunar amistades con los naturales. En efecto; á poco de irse muy apenado el caudillo, presentáronse otros indios en canoa, y trajeron al descubridor oro en mutuo cambio de cascabeles. Hombres aquellos muy cercanos á la naturaleza prendábanse de todo cuanto á los sentidos se dirigía, y gustaban de los cascabeles por el son alegre suyo, acostumbrados como estaban al ronco fragor de las guijas, encerradas en troncos huecos y muy parecidas en su ruido á las matracas groserísimas, usuales desde tiempo inmemorial entre nosotros, bien diversas de las resonantes campanas.

Los historiadores próximos á los días del suceso refieren las mezclas que hacían los indios de nuestras recién oídas palabras con su idioma nativo, tan curiosas como los primeros píos de lasavecillas anidadas en los árboles bajo las dos alas de sus madres, ó como los balidos del recental que pide la ubérrima teta. «Chuca, chuca cascabeles», exclamaban, pidiendo las bujerías aquellas, tan

ruidosas como inútiles, con insistencia de todo punto infantil. Así aconteció que algunos, portadores de un pedazo de oro para cambiarlo por un cascabel, soltaban el objeto riquísimo pronto, como quien de cosa baladí se desprende, y tomaban las chucherías europeas de prisa, echando á correr con precipitación y volviendo á cada instante la cabeza con cuidado para ver si el cambiante se arrepentía de su oneroso cambio. Buenas gentes y envidiables que creían haber engañado á los españoles dándoles oro por cascabeles en aquella dichosa edad que bien merecía compararse con la tradicional poética señalada por el desprecio de las riquezas y el contento con un puñado de bellotas en mano y una bebida de agua en manantial. Parece imposible pueda encontrarse tan cercana de nuestra positiva edad la edad aquella en que los indios creían engañar á sus huéspedes trocando su oro por nuestros cascabeles. «Destos engaños, dice un escritor monástico unos cuatro lustros después, destos engaños quisieran muchos cada día los españoles de aquel tiempo, y aun creo que los de éste no los rehusarían.» Todos los objetos de latón privaban con prioridad en su candoroso ánimo. El sonido y lustre de tal materia, juntos con su flexibilidad, encantábanlos en términos, que la buscaban codiciosos y la retenían avarientos. Llamábanlo «turey», lo que significaba en su lenguaje sencillo tanto como celestial. Y se proponían trocarlo por su oro. Inútil añadir cómo, estimado por Colón el precioso metal objeto primero de sus afanes y resultado primero de sus descubrimientos, holgaríase con la disposición de los indios á

entregarle tanta riqueza en cambio de tan pobres baratijas, y cómo concluiría en su psiquis mística la desventura del naufragio en ventura dispuesta por el cielo. Unióse con todo esto la generosa invitación del Cacique á visitar sus tierras y las noticias de áureos provechos, tan aceptas al espíritu del descubridor y tan enlazadas con todos los fines de su épico viaje. Después de haber comido Guacanagarí en la carabela *Niña* con el Almirante, comió el Almirante con Guacanagarí en el Bohío, lugar de este último. Y en tales entrevistas le dijeron que había un punto llamado Cibao, donde se cogía el oro á flor de tierra y se daba de grado á todos por no tenerlo aquellos habitantes en estima ninguna. Cuando el nombre de Cibao resonó en los oídos del Almirante, creyó habérselas con Cipango; y comenzó á levantar castillos en el aire y á creerse ya metido en el deseado imperio indio. Y conversando sobre la población y sobre la tierra de aquellas regiones con naturales tan francos de suyo, entendió en las confusas interpretaciones de cuanto le decían, quejas relativas al trato que les daban los vecinos caribes é hipérboles terribles respecto de la voracidad connatural á éstos. Así, ayudado en parte por las pésimas traducciones que hacía él de todo cuanto le contaban, y en parte por los fantaseos propios de su imaginación creadora, creyó haber oído que le hablaban de una raza perversa en su naturaleza moral, y en su naturaleza física deforme, la cual raza, con un solo ojo en la frente, como los cíclopes de la fábula, y una cabeza de perro en los hombros, y un rabo de mucha longitud en la espalda, manteníase con carne humana y